

## Ecología. Actuar sin demora

*Del Correo de la Unesco*

*Francesco di Castri*

Los problemas ecológicos vienen ocupando el centro de la atención internacional desde hace veinte años, más concretamente desde la celebración en 1972 de la Conferencia sobre el Medio Ambiente, que había transcurrido en un clima de optimismo, impregnado de la voluntad de actuar.

Y, en realidad, esa Conferencia tuvo sus efectos, pues desde entonces han surgido organismos internacionales como el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente, ministerios del medio ambiente, movimientos asociativos y corrientes políticas centradas en la ecología. Los resultados obtenidos son considerables a juzgar por la cantidad de publicaciones y de conocimientos nuevos y por el número de proyectos de reforestación o de saneamiento que se han llevado a cabo en las zonas bajo protección que se han creado. Pero el conjunto de estas actividades ha provocado paradójicamente una mayor degradación de nuestro entorno. Se han logrado algunos éxitos aislados, pero la situación actual es, en definitiva, mucho más crítica que hace veinte años.

En los países industrializados el agua está contaminada por los productos químicos, el suelo envenenado por los pesticidas y fertilizantes, las costas desfiguradas por la urbanización salvaje, los bosques destruidos y los lagos esterilizados por las lluvias ácidas, la salud de la población amenazada por la acumulación y el transporte de desechos tóxicos, las ciudades asfixiadas por los atascos y la contaminación del aire. Los países en desarrollo, por su parte, tienen que hacer frente a la desertificación, la deforestación, la erosión y salinización de los suelos, las inundaciones, la extinción de especies animales y vegetales, sobre todo en las regiones tropicales. Al mismo tiempo proliferan los barrios de tugurios, con su cortejo de miseria, enfermedad y delincuencia.

Todos esos problemas, tienen, tanto en el Norte como en el Sur, un único y mismo hilo conductor: proceden de opciones de desarrollo equivocadas. Los problemas son más acuciantes, desde luego, en el Sur, a causa de una presión demográfica mucho más intensa que en el Norte, pero tienen un origen común, mundial, que ante todo hay que buscar, debido a la interdependencia de las economías, en el juego de la competencia en los mercados internacionales, en el desorden monetario y en el espinoso tema de la deuda externa.

Dentro de treinta años la humanidad, que contará para entonces entre 10.000 y 12.000 millones de individuos, habrá de hacer frente a problemas ecológicos que tendrán también alcance planetario:

la perturbación probable del clima imputable al efecto de invernadero (provocado por la acumulación de gases de combustión u otros de origen industrial o agrícola), la reducción de la capa protectora de ozono de la parte superior de la atmósfera o el empobrecimiento irreversible de la diversidad biológica.

Nos encontramos, pues, ante problemas sumamente complejos, en parte inciertos e imprevisibles, que evolucionan rápidamente a escala de todo el planeta y dependen estrechamente unos de otros. Ahora bien, nuestras instituciones de enseñanza, de investigación, administración o gestión no han sido pensadas para afrontar este tipo de problemas, que ni siquiera llegarán probablemente a resolverse de forma inmediata con un aumento sustancial de los créditos. La clave del éxito no es coyuntural sino estructural.

Abordar correctamente los problemas cruciales del medio ambiente requiere un planteamiento interdisciplinario que muy pocas instituciones son capaces de adoptar hoy en día. En los organismos de investigación y en las universidades que siguen aplicando sistemas de evaluación estrictamente disciplinarios, al mismo tiempo que no deja de aumentar el desfase entre la formación universitaria y la investigación, por un lado, y las necesidades reales de la sociedad por otro. Poquísimas son las investigaciones que se realizan actualmente en este campo y que tengan una aplicación efectiva, ya sea porque en la mayoría de los casos no abordan los verdaderos problemas, ya porque no se integran en los procesos de decisión y de gestión, ya porque tropiezan con el carácter sectorial de las estructuras administrativas.

Ninguna disciplina, ni siquiera la ecología, puede aprehender sola los problemas del medio ambiente con sus aspectos económicos y sociales de alcance mundial; ningún organismo de investigación y ningún servicio administrativo puede considerarse autosuficiente en la materia; ningún país, por muy poderoso que sea, puede tener la pretensión de resolver problemas cuyas causas y efectos se encuentran en otros países ni prevenir sus repercusiones en su propio territorio. Y sin embargo, la mayoría de las disciplinas siguen ignorándose o rivalizando por obtener fondos para la investigación, las diversas profesiones continúan replegadas en un corporativismo tradicional, los ministerios permanecen compartimentados en sectores poco permeables a los intercambios y los países sólo llegan a ponerse de acuerdo en normas de protección insuficientes.

En estas condiciones resulta más fácil resolver algunos problemas específicos o parciales que llegar a contar con unas instituciones auténticamente capaces de afrontar y superar lo que no queda otro remedio que llamar la crisis del medio ambiente.

### **¿Esperamos la catástrofe?**

Existen soluciones técnicas para la mayoría de los problemas, pese a que tropiecen con resistencias psicológicas y estructurales y con intereses económicos tan poderosos como contradictorios. Tal vez adoptemos a tiempo las medidas pertinentes gracias a una sensibilización progresiva de la opinión y de las esferas económicas y políticas, pero lo más probable es que esperemos para ello a que se produzca alguna conmoción mucho más traumatizante que las que se han producido hasta ahora. Sería una lástima que nuestro instinto colectivo de supervivencia sólo despertara ante una catástrofe ecológica de grandes dimensiones.

Confiemos en que no sea así.

A este respecto, hay que evitar que la ausencia parcial de resultados y de datos precisos sirva de pretexto para la inacción, tanto para los responsables como para cada uno de nosotros. Toda demora sería espantosamente costosa a la larga y es posible que las degradaciones sean irreversibles. Basta con unas horas para talar un bosque y destruir

las especies que lo pueblan; se precisan pocos meses para que se inicien la erosión y la desertificación, y pocos años para modificar el clima del planeta. Pero una especie desaparecida no reaparece nunca más, hacen falta decenas o centenares de años para regenerar un bosque y un milenio para reconstruir un suelo erosionado.

Cabe esperar que la crisis del medio ambiente, por su gravedad y su complejidad, acabe sirviendo de catalizador para que haya más comunicación en nuestros laboratorios, más flexibilidad en nuestras administraciones y, sobre todo, más solidaridad y más equidad entre los países, ricos y pobres, y para con las generaciones venideras, ante las que habremos de rendir cuentas de la Tierra que hemos recibido.

Un cambio en el comportamiento de cada individuo, de cada institución y de cada Estado es el único medio para lograr que de las dificultades de la crisis del medio ambiente surja todo el potencial necesario para que el futuro sea posible. Esperemos que ese cambio pueda producirse sin necesidad de que lo provoque alguna tremenda catástrofe ecológica de la que nadie quedará a salvo.